



www.loqueleo.com/es

© 2003, Eloy M. Cebrián

© De esta edición:

2017, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-064-0

Depósito legal: M-37.946-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Segunda edición: julio de 2017

Más de 10 ediciones publicadas en Santillana

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín, Julia Ortega
y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

BAJO LA FRÍA LUZ DE
OCTUBRE

Eloy M. Cebrián

loqueleg

*Para Eloy Cebrián Andrés, mi abuelo,
al que por fin he podido conocer
en la memoria de sus hijos.*

Y para ti, Miguel.

*«Yo puedo regresar hasta vosotros,
porque se crece siempre en busca del pasado,
vuestra ciudad de aquel otoño
también me pertenece,
y vuestros sentimientos,
que dejasteis escritos a causa de una guerra».*

Luis García Montero
Del libro *Habitaciones separadas*

Todos se empeñaban en decir que mi abuela María se había muerto. Solo yo sabía que eso no era verdad. Porque la abuela seguía donde había estado siempre: sentada en su butaca, junto a la ventana, con la aguja de hacer ganchillo moviéndose veloz entre sus dedos y la madeja desliándose sobre su falda. Me decían que no, que eran imaginaciones mías, que a la pobre abuela María se la había llevado una pulmonía cuando yo todavía era muy pequeña. Y el caso es que yo me acordaba de un invierno terrible que cubrió los aleros de largos carámbanos que eran como dedos transparentes, y las calles de escarcha y de gorriones muertos de frío. Y también recordaba que algo muy triste había pasado aquel invierno. Un día, cuando me trajeron del colegio, encontré las habitaciones llenas de gente vestida de negro que suspiraba sin parar y bebía copitas de anís con cara compungida. Y de la habitación de mi abuela salía un runrún de voces de mujer que a veces interrumpía algún sollozo ahogado. La que lloraba era mi madre. Y mientras, mi tía dirigía el rezo del rosario, que por algo se llamaba Rosario ella también. Yo qui-

se pasar y no me dejaron, pero el murmullo de los rezos y las conversaciones duró toda la noche. Al día siguiente me pusieron el vestido de los domingos y me llevaron a la parroquia de San Juan para oír misa, aunque no era domingo ni fiesta de guardar. Y después todos formamos una especie de desfile y recorrimos muchas calles hasta llegar al cementerio, detrás de un carruaje negro tirado por dos caballos. Para mí fue muy divertido, porque era como participar en una procesión de Semana Santa, en las que no dejaban salir a mujeres y mucho menos a las niñas. Pero nadie más parecía estar disfrutando. Yo caminaba de la mano de mi padre. A veces lo miraba de reojo y lo veía tan triste que me daba miedo; él, que siempre se estaba riendo. Y mi madre y mi tía caminaban detrás tomadas del brazo, las dos con velo negro y el pañuelo muy apretado debajo de la nariz.

Hacía tanto frío que mi respiración salía formando una nube blanca. Recuerdo que me entretuve por el camino jugando a que fumaba, igual que mi padre. Y a ratos miraba hacia el suelo para verme los zapatos, que eran los azul marino con hebillas doradas que tanto me gustaban. Pero, ay, me apretaban un poco. Y al llegar a mi casa, después de tanto andar, tenía los pies hinchados y doloridos.

Al cabo de un rato mi padre me llevó a su despacho y me hizo sentarme en uno de los sillones, como a las visitas. Y me habló con gesto muy serio:

—Maruja, óyeme bien. Tu abuela se ha ido y ya no va a volver. Pero desde el cielo va a seguir cuidando de ti.

De pronto entendí que mi abuela María se había muerto, y salí corriendo del despacho ahogándome en lágrimas e hipidos. Mi padre me llamaba, pero yo decidí buscar un sitio donde poder llorar a mi abuela en paz. Y se me ocurrió esconderme en su habitación, donde yo había pasado tantas horas con ella, viéndola hacer ganchillo y oyendo sus historias de cuando era niña y vivía en una aldea. De modo que recorrí el helado pasillo hasta el final de la casa y abrí la puerta del dormitorio. Y allí estaba ella, sentada junto a la ventana con su labor de ganchillo sobre el regazo.

—Pero, abuela —recuerdo que dije acercándome, sin sentir apenas sorpresa—, si usted se ha muerto.

Ella me miró risueña, con el sol brillando a través de las hebras de su pelo, que parecía arder con blancas llamaradas.

—Ya ves. La gente habla sin ton ni son.

Y entonces me di cuenta de que en la habitación hacía calor, a pesar de que no había ninguna estufa ni brasero. Y de que el día luminoso y azul que brillaba a través de la ventana en nada se parecía a la desolada tarde de invierno que reinaba en la calle.

—¿Les puedo decir a todos que sigue usted aquí? —pregunté.

Ella se encogió de hombros.

—No te van a creer.

Y tenía razón. Porque cada vez que yo les decía a mis padres o a mis tíos que se habían equivocado, que la abuela María seguía viva y estaba haciendo ganchillo en su habitación, me miraban con una cara muy extraña.

Mi madre lloraba, mi tía Rosario lloraba, y hasta mi hermano Gabriel, que había nacido ya y tendría un año por entonces, se ponía a berrear y tenían que rebozarle el chupete en azúcar para que se apaciguara. Por eso decidí no volver a hablarle a nadie de mi abuela, aunque seguía visitándola todos los días en su habitación y oyendo sus historias como si nada hubiera pasado. Y siempre encontraba su cuarto inundado de luz y tan cálido como si estuviéramos en plena primavera.

14 Para mí todo aquello era de lo más normal, aunque, claro, yo era muy pequeña entonces, y a los niños pequeños casi nada les causa extrañeza, porque para ellos el mundo es completamente nuevo y lo mismo les da un milagro que un hecho cotidiano. Aquello pasó antes de la guerra. Y, ahora que lo pienso, lo que me parece milagroso es que existiera un antes de la guerra, como si todo lo ocurrido hasta entonces hubiera quedado abolido del tiempo y de la memoria. Pero no fue así. Porque yo misma me acuerdo de muchas cosas que ocurrieron antes de aquellos años terribles, y eso que mi memoria ya no es buena, y a veces todo es oscuro y se confunde.

Me acuerdo muy bien del día que me operaron de anginas en el sanatorio del tío Arturo, en una habitación chapada de azulejo blanco donde había muchos diplomas y un gran armario de cristal lleno de objetos brillantes y siniestros. Me acuerdo del sillón donde me sentaron, que era como el de los barberos, de la sensación de las pinzas metálicas dentro de mi garganta y del sabor de la sangre llenándome la boca. Yo era aún pequeña, pero corrí tan deprisa que mis padres no pudieron alcanzarme hasta la misma puerta de mi casa, donde empecé a gritar: «¡Me han matado, me han matado!», y entonces se formó un círculo de gente a nuestro alrededor, y me parece que después vino un guardia, porque recuerdo a mi padre muy nervioso, dando explicaciones, y a mi madre diciendo que qué sofoco más grande y que ojalá se la tragara la tierra. ¿Qué edad tendría yo entonces? Puede que unos siete años. Sí, tenía siete años, porque lo que he contado pasó en invierno, y ese mismo año, un día de principios de la primavera, entró la República.

Aquello de que llegara la República me debió de causar casi la misma impresión que mi operación de anginas,

porque lo recuerdo tan bien como si hubiera ocurrido ayer mismo. Era un martes por la mañana y yo estaba en el colegio. La hermana Etelvina nos daba clase de lectura con el *Manuscrito*, un libro impreso con caligrafías tan enrevesadas que parecían haberlas inventado a propósito para martirizarnos. Yo estaba de pie y leía aquello de «¡Papá, papá! —exclamó alborozado Serafín», cuando de pronto se abrió la puerta del aula y entró la hermana Carmen, que era la monja que nos daba clase de labores y música. Y venía sin resuello, como si hubiera subido corriendo las escaleras para avisarnos de que había fuego.

—¡Ave María purísima, madre! Vengo a llevarme ahora mismo a las niñas a la capilla. Lo manda la madre superiora.

—Pero ¿qué pasa, madre?

—¡El rey! —dijo la hermana Carmen con grandes aspavientos—. ¡Lo han echado! Dicen que en la capital están prendiendo fuego a las iglesias y que se llevan a los sacerdotes y a las religiosas para..., para...

Pero a la hermana Carmen la voz ya no le obedecía, y allí se quedó abriendo y cerrando mucho la boca, igual que los peces cuando saltan fuera de la pecera.

Mientras tanto, las niñas ya nos habíamos olvidado del *Manuscrito* y estábamos todas de pie, dando saltos y chillidos, más excitadas por la novedad que asustadas por lo que pudiera pasar. Yo apenas sabía nada del rey, solo que se llamaba Alfonso y que era un señor con bigotito a quien le encantaba vestirse de uniforme para salir en la portada del *Abc*. Mi padre siempre hablaba muy mal

de él, así que yo no entendía qué importancia podía tener que hubieran echado al señor del bigotito, porque según mi padre no servía para nada. Lo de las iglesias ardiendo ya me inquietaba un poco más, igual que a la hermana Etelvina, que se había puesto muy pálida de repente y miraba a la hermana Carmen con cara de espanto.

—¡Alabado sea Dios! ¿Pero qué me está diciendo, madre? ¿Quién ha echado al rey? ¿Quién está quemando las iglesias?

—Pues los anarquistas, o los rojos, o cualquiera de esos maleantes que quieren la República. ¿Qué sé yo? Ea, niñas, venid todas conmigo, que la madre superiora lo manda.

De modo que nos fuimos todas detrás de la hermana Carmen, más contentas que unas castañuelas porque se habían interrumpido las clases, aunque algo asustadas ahora no fueran a venir esos hombres horribles que querían la República para prenderle fuego a la iglesia con todas nosotras dentro.

Al llegar no encontramos ni un banco libre, pues ya debían de estar allí todas las niñas del colegio. Estaban las mayores, que eran ya casi unas señoritas y tenían sus clases en el piso de arriba. Estaban incluso las gratuitas, a las que casi nunca veíamos porque las hermanas no las dejaban salir de su ala del colegio. Ni siquiera llevaban el mismo uniforme negro con cuello de encaje, tan elegante, que llevábamos las alumnas de pago, sino una especie de babero a rayas muy feo. Nos miraron al entrar y nos sacaron la lengua, y me acuerdo de que aquello nos dio

bastante miedo, porque sobre las gratuitas se contaban toda clase de historias. Mientras tanto, la madre superiora rezaba avemarías sin parar, pidiendo por el rey y por los curas y monjas de la capital, esos a los que se estaban llevando para hacerles algo tan terrible que ni siquiera se podía decir. Y ahora sí que estábamos todas asustadas, y algunas de las más pequeñas lloraban y decían que se querían ir a su casa.

18

Cuando llegó la hora de salir nos asomamos a la calle con mucha cautela, temiendo encontrarnos una horda de hombres malos de los que querían la República. Pero yo no vi nada extraño. Si acaso que aquel día había ido mi padre a recogerme, aunque casi siempre venía mi madre o la muchacha. Y qué contento estaba. Si hasta parecía más joven. Recuerdo que me alzó hasta su cara como si yo fuera todavía una criatura, y me dio un beso tan grande que el oído me estuvo pitando un buen rato. Después, mientras regresábamos a casa, noté que caminaba con mucho brío, pisando muy fuerte y marcando el paso con el bastón, y cada dos por tres se detenía a saludar a algún conocido quitándose el sombrero. Durante el camino sí que vi en la calle algunas cosas fuera de lo común, como que la ciudad parecía más animada que de costumbre, que los bares estaban llenos, que la gente formaba grupos y que todos hablaban muy fuerte y parecían nerviosos. Nos cruzamos con una banda de música que iba tocando una marcha muy alegre, y mi padre me explicó que lo que tocaban se llamaba *La marsellesa*, y que era a la vez el himno de Francia y de la libertad. Pasaban muchos

coches, más de los que yo había visto nunca, y la mayoría hacían sonar el claxon. Los que iban dentro sacaban medio cuerpo por las ventanillas para poder agitar los brazos y lanzar vivas a la República. Otros hacían ondear una bandera distinta de la de siempre, tricolor, con una franja morada abajo. Y algunos cantaban a grito pelado una canción que decía que a los curas y a las monjas les iban a dar una paliza y no sé cuántas barbaridades más, y a mí me dio mucha rabia oírlo, porque les tenía mucho afecto a las monjas dominicas de mi colegio y no quería que les pasara nada malo.

19

Cuando llegamos a casa, mi madre no estaba contenta, sino muy preocupada por todo aquel jaleo, y a mí me pareció que había estado llorando. Nadie hablaba durante la comida, pero mi padre destapó una botella de un vino que guardaba para una ocasión especial y se puso en pie para brindar. Y todo aquello era porque había entrado la República.